

Que despues de la evacuacion de Bruselas, se volverian á ver para tratar de los hechos posteriores.

Lo demás de que se trató fué un secreto para Francia.

Estas condiciones se observaron escrupulosamente por ambas partes.

El 25 atravesó el ejército Bruselas, y con el mayor orden se retiró á Hall.

XXXIX.

Rompimiento de Danton con la Gironda.

El 29 de Marzo, á las ocho de la noche, entraban en Paris Danton y Lacroix.

En lugar de dirigirse á su casa, Travesía del Comercio, ó á su casa de campo de Sevres, aprovechando las tinieblas y el capote que le cubria, fué á llamar en casa de Jacobo.

Al escuchar «adelante,» abrió la puerta y entró.

Jacobo le reconoció, y mientras que la mirada inquieta de Danton recorria la habitacion para saber si estaban solos, Merey salió á su encuentro y le tendió la mano.

—¿De dónde llegas?

—De Bruselas directamente, contestó Jorge.

Jacobo le acercó una silla.

Me dirijo á tí porque tú eres amigo mio, y deseo probarte que lo soy tuyo. No iré á la sesion ni esta noche ni mañana. Antes de ir necesito saber á qué altura se encuentra la opinion pública. Al rehusar Guadet y Gensonné acompañarme para hablar á Dumuriez, se han perdido y han perdido con ellos á la Gironda; si hubieran venido conmigo, si hubieran hablado á Dumuriez con la energía que yo, hubieran tenido que dar fé de ello, y esto era su defensa. ¿Cómo estamos por aquí?

—La exasperacion ha llegado á su colmo, contestó Jacobo. El comité de vigilancia ha dado la noche última orden para prender á Igualdad, padre é hijo, y ha ordenado que se pongan los sellos en los papeles de Roland.

—Ya lo ves, dijo Danton tornándose sombrío; es la declaración de guerra; alguno de los vuestros cometerá la imprudencia mañana de atacarme; será preciso que le conteste, y os destruiré á todos, incluso tú desgraciadamente. Ahora, escucha; tenemos esta noche y mañana. Tengo bastante influencia para enviarte con una comisión al Norte, al Mediodía, á los ejércitos del Pirineo, por ejemplo; allí estarías seguro; tú no tienes ningun compromiso con los girondinos.

Jacobo interrumpió á Danton y le puso la mano sobre el brazo.

—Basta, le dijo; ¿no comprendes que tu amistad hácia mí es casi un insulto? Ningun compromiso me liga con los girondinos, pero no habiendo votado la muerte del rey, hubiera sido rechazado por la Montaña; me he sentado en sus filas y me acogieron desconocido aun; no son mis amigos, son mis hermanos.

—Pues bien, repuso Danton; preven á los que quieras para que busquen los medios de evadirse cuando llegue el momento. No me he mezclado en el embargo de los papeles de Roland, pero según costumbre, me lo atribuirán. Si no me atacan, callaré; he hecho, á Dios gracias, bastante para contraer una alianza con tus amigos; siempre he sido rechazado desdeñosamente; pues ahora no es una alianza, es la neutralidad la que propongo.

—No dudarás, dijo Jacobo, que sufro verdadero dolor cuando te veo luchando por un lado con los girondinos y por el otro expuesto á las injurias de los montañeses. Sabes que llega un momento en que es imposible separar al río de su cáuce. Una fuerza irresistible nos impulsa hácia un abismo y nada podrá salvarnos. Ahora me disponia á cenar; cena conmigo.

Danton se quitó el capote y se sentó á la mesa.

—En cuanto á tí, sabes que no tienes que buscar asilo, porque tienes uno en mi casa; no te irán á buscar, y si así fuese, ínterin yo viva no te tocarian á un cabello.

—Sí, dijo Jacobo, sirviendo á Danton con la misma tranquilidad que si se hubiera tratado de cosas indiferentes; sí, pero caerá tu cabeza; no estamos en Roma en aquellos tiempos en que bastó con Decio para cerrar el abismo. Nuestras veintidos cabezas caerán, y

creo que ya las habrá contado el verdugo, y el abismo permanecerá abierto para la tuya y para la de tus amigos. Me sucede como al anciano Carotte; tengo momentos en que adivino el porvenir. Amigo mio, con frecuencia he pensado en lo que hace pocos dias dijiste, que los que han visto esta primavera no verán la próxima, y los que vean la venidera será la última. He visto en mis sueños muchas tumbas sin nombre, en cuya profundidad reconocia á los difuntos; entre ellas no he visto la mia. No me refugiaré en tu casa, porque te perjudicaria. Tengo un amigo ménos querido que tú, y al que no he visto más que una vez; pero su albergue es más seguro que el tuyo.

—No te pregunto su nombre, dijo Danton indiferente; si estás seguro de él, basta. Buen vino de Borgoña tienes, es el que más me gusta; el Burdeos no es para los hombres; bien se conoce que se han nutrido con él los girondinos: elocuentes, y despues nada, vacíos; ¿sabes á los que temo más de ellos? No á los oradores como Vergniaud, ni Guadet, sino á los que os arrojan una injuria grosera al rostro, y á la cual no se sabe qué contestar. Felizmente, estoy preparado á todo. Tanto me han calumniado, que no me admiraré el dia en que digan que he levantado las torres de Nuestra Señora sobre mis hombros.

—¿Qué harás esta noche? preguntó Merrey; ¿te quedas aquí? ¿Quieres que haga te preparen cama?

—No, contestó Danton; he querido saber tu opinion y darte á conocer la mia: he deseado prepararte para lo que sucederá; es decir, la caída del partido del que eres aliado. Como no eres ambicioso, no sentirás tus esperanzas perdidas; yo he sido ambicioso.

Y Danton lanzó un suspiro.

—Pero te juro que si no estuviera tan comprometido, si no creyera que Francia tiene necesidad de mi brazo, de mi corazón y de mis miradas, tomaria á Luisa en mis brazos, la jóven que viste el otro dia y que yo veré esta noche; pondria en sus bolsillos y los míos los treinta ó cuarenta mil francos en papel que me restan, y la llevaria al cabo del mundo, dejando que se exterminasen á su antojo los girondinos y los montañeses.

Jorge se levantó y tomó su capote.

—¿De modo que será pasado mañana? preguntó Jacobo.

—Sí, si tus amigos me provocan: si no, será dentro de ocho días, de quince ó de un mes, pero no más. Piensa en lo que te he dicho: no te dejes prender, huye; y si ese amigo con quien cuentas te falta, piensa en Danton.

Ambos amigos se estrecharon la mano: Danton habia hecho que le esperase el carruaje. Jacobo se asomó á la ventana y le siguió con la vista.

Le oyó dar la orden al cochero para que le condujera á Sevres, y mirando al carruaje que se alejaba, exclamó:

—Es feliz; va á ver á su Eva.

Era cierto lo que habia dicho Jacobo Merey.

La Convencion estaba más tumultuosa que nunca. Danton partió el 16 y regresó el 29. Durante este tiempo penetró en ella la luz; nadie dudaba de la traicion de Dumuriez.

La carta no habia sido leida, no se habia recibido ninguna prueba; sus conferencias con Mack eran secretas; pero esa voz, que es la del buen sentido público, decia sin rebozo:

—Dumuriez nos vende.

El 1.º de Abril llegaron furiosos á la Cámara los amigos de Roland, los que se inspiraban más bien con su esposa que con él. Habian sabido que los papeles del ex-ministro estaban embargados.

Habia ¡cosa extraña! tanto en la derecha como en la izquierda, dos diputados enviados por el Languedoc; dos ministros protestantes, tan ágricos, tan violento el uno como el otro.

A la derecha Lasource, un girondino.

A la izquierda Juan Bautista San Andrés, un montañés.

Cuando entró Danton estaba Lasource en la tribuna, y anunciaba que, á pesar de que Danton y Lacroix habian llegado la antevíspera, todavía no se habian presentado en la Cámara. ¿Qué hacian? ¿Por qué aquella ausencia de veinticuatro horas en aquellos momentos?

Debia existir un secreto.

—Esa es la nube que es preciso aclarar, decia.

En aquel momento, repetimos, entraba Danton; pero al llegar á su puesto, en lugar de sentarse, permaneció de pié, adivinando que se ocupaban de él. De pié queria el titan que le derribaran.

Lasource le vió delante de él como una amenaza; pero lejos de retroceder, hizo un gesto como señalándole.

—Pido, dijo, que se nombre una comision para descubrir y herir al culpable. Bastante tiempo hace que el pueblo ve el trono y el capitolio; ahora desea ver el cadalso y la roca Tarpeya.

La derecha aplaudió.

La Montaña y la izquierda guardaron silencio.

—Pido además, continuó Lasource, la prision de Igualdad y la de Sillery. Pido, para dar una prueba al país de que jamás transigiremos con el tirano, que cada uno de nosotros se comprometa solemnemente á dar la muerte al que quisiera ser rey ó dictador.

Y entonces la Asamblea en masa se levantó.

Gironda y jacobinos, llanura y Montaña, derecha é izquierda, repitieron con gesto amenazador el juramento pedido por Lasource.

Durante el discurso, todas las miradas estaban fijas en Danton. Tal vez nunca su fisonomía trastornada habia cambiado en pocos minutos de un modo más rápido. Primero se leyó en ella el asombro del orgullo, que aun cuando preveia aquel ataque, lo miraba como imposible: la cólera que le impulsaba á arrojarse sobre el enemigo, que era un insecto comparado con él. Despues el desden de una popularidad que podia arrostrar todo. El ánimo se turbaba contemplándole, como al mirar la profundidad de un abismo.

Cuando concluyó Lasource, se inclinó hácia la Montaña, y dijo á media voz:

—¡Los pérfidos! Ellos defendieron al rey y nos acusan de realismo á nosotros.

Un diputado llamado Delmas lo oyó.

—No vayamos más allá, dijo; la explicacion que se busca puede perder á la república: pido que se imponga silencio.

La Convencion votó el silencio; Danton comprendió que le perdian bajo la apariencia de evitarle un disgusto.

De un salto se encontró en la tribuna, derribando á los que se

oponian á su paso, y una vez allí, en aquel púlpito en donde acababa de ser tan cruelmente atacado,

—Y yo, dijo, no quiero callarme; quiero hablar.

La Convencion entera se sometió á su influencia, y á pesar del voto que acababa de dar, escuchó.

Entonces, volviéndose á la Montaña é indicando que solo se dirigia á los montañeses, exclamó:

—Ciudadanos, debo empezar por rendiros homenaje, á vosotros los que os sentais en la Montaña, porque habeis juzgado mejor que yo.

Largo tiempo he creido que debia moderar la impetuosidad de mi carácter, para emplear, en las dificiles circunstancias en que me ha colocado mi cargo, la moderacion que los acontecimientos imponian. Me acusábais de débil; teniais razon, lo reconozco ante la Francia entera. Nos acusan á nosotros, creados para denunciar la impostura y la perfidia, y los hombres á quienes contemplábamos, toman hoy la insolente actitud de los denunciadores. ¿Y por qué la toman? ¿Quién les da esa audacia? Yo, yo mismo debo confesarlo.

Sí, yo, porque he sido demasiado juicioso, demasiado circunspecto: porque han tenido la astucia de espacir que era jefe de partido y que queria hacerme dictador, porque no he querido responder á mis adversarios, provocar rudas luchas, ni causar trastornos en la Asamblea. ¿Por qué hoy abandono este sistema de silencio y de moderacion?

Porque hay límite para la prudencia; porque atacado por aquellos que debian aplaudirse de mi circunspeccion, es permitido atacar á su vez y salir de los límites de la paciencia.

¡Queremos un rey! Solo aquellos que han tenido la cobardía de querer salvar al tirano, apelando al pueblo, pueden ser sospechosos de querer un rey; solo aquellos que han querido castigar á Paris por su heroismo, sublevando contra él los departamentos; solo aquellos que han tenido con Dumuriez durante su estancia en Paris cena clandestina, solo aquellos son los cómplices de esa conspiracion.

Y á cada período del discurso se oian los pataleos de la Montaña y la voz ágría de Marat, que decia á cada insinuacion:

—¿Oyes Vergniaud? ¿Oyes Barbaroux? ¿Oyes Brissot?

—Pero nombrad á los aludidos; gritaron Gensonné y Guadet.

—Sí, y nombraré primero á los que rehusaron venir conmigo para hablar á Dumuriez, porque se hubieran ruborizado delante de su cómplice; nombraré á Gensonné, nombraré á Guadet, puesto que desean que hable.

—Escuchad, repitió Marat con su voz ágría y chillona; vais á oír los nombres de aquellos que quieren degollar á su patria.

—No necesito nombrarlos, continuó Danton; ya sabeis á los que me dirijo; terminaré con una palabra que encierra todo. Digo que no es posible una trégua entre la Montaña, entre los patriotas que han votado la muerte del tirano y los cobardes, que deseando salvarlo, nos han calumniado en toda Francia.

Era lo que esperaba con impaciencia la Montaña hacia tiempo.

Se levantó como un solo hombre y lanzó una exclamacion de júbilo la Convencion de los girondinos, de aquellos que siempre reprobaron el derramamiento de sangre; fué hecha por el que tantas veces habia tratado de reconciliar la Montaña y la Gironda. Entonces Danton reflexionó como si buscara nuevos medios de ataque.

—Hace mucho tiempo, continuó, que vivo con la calumnia; sin miramiento se ha esparcido y se ha desmentido por sus contradicciones. Sublevé al pueblo al principio de la revolucion, y he sido calumniado por los aristócratas; hice el 10 de Agosto y los moderados me calumniaron.

Impulsé á la Francia hácia la frontera y á Dumuriez á la victoria, y fuí calumniado por los malos patriotas. Hoy las homilias mezquinas de un anciano cauteloso, Roland, son la base para nuevos cargos; lo habia previsto. Me acusan del secuestro de sus papeles, ¿no es cierto? Me encontraba á ochenta leguas de aquí cuando se ha efectuado. El colmo de su delirio es tal y la cabeza de ese anciano está tan trastornada, que solo vé la muerte, imaginándose que están prontos á herirle todos los ciudadanos. Él y sus amigos sueñan con la destruccion de Paris.

Con respecto á mí, probaré que soy un revolucionario fiel á mi bandera, y os ruego, ciudadanos, que deis fé á estas palabras.

—¡Cronwell! gritó una voz de la derecha.

Danton irguió la cabeza.

—¿Quién es el infame que se atreve á llamarme Cronwell? Pido que el vil calumniador sea preso, juzgado y condenado. ¿Yo Cronwell? ¿Yo aliado de los reyes? El que como yo hiera á un rey, se hace odioso á los reyes.

Y volviéndose de nuevo á la Montaña, añadió:

—Uníos, vosotros que habeis pronunciado la sentencia del tirano; uníos contra los cobardes que quisieron salvarle; reconcentraos y llamad al pueblo para destruir á los enemigos interiores. Confundid con el vigor y la imperturbabilidad de vuestro carácter á los pérfidos, á los aristócratas, á los moderados, á todos aquellos que nos han calumniado en las provincias; no haya paz, no haya trégua, nada de transaccion con ellos.

A su discurso contestó un rugido de la Montaña.

—Por la situacion en que me encuentro, continuó Danton, comprendereis la necesidad de ser firmes y de declarar la guerra á nuestros enemigos, sean los que quieran. Es preciso formar una indomable falange. Lasource ha pedido una comision para descubrir á los culpables y hacer ver al pueblo la roca Tarpeya y el cadalso; yo tambien pido lo mismo; pero añado que despues de haber examinado nuestra conducta, examine la de los hombres que nos han calumniado, que han conspirado contra la indivisibilidad de la república y que han tratado de salvar al tirano.

Danton bajó de la tribuna en brazos de los montañeses. El ódio llegó á su colmo entre girondinos y jacobinos. Los girondinos habian durado tanto tiempo porque Danton los habia librado. Su discurso rompía el dique existente entre los dos partidos: le tocaba el turno á la sangre y á la cólera.

Durante la sesion y en medio de la turbacion que en la derecha causó el discurso de Danton, decretó la Convencion: «Que serian nombrados cuatro comisionados para intimar á Dumuriez que compareciese á la barra; si rehusara, llevarian orden de prenderle.

»Los cuatro comisionados serian: el anciano constituyente Camus; dos diputados de la derecha, Bancal y Quinette, y un montañés, Lamarque.

»Les acompañaria el general Beurnonville, al que llamaba Dumuriez su discípulo, y á quien amaba tiernamente, para que empleara todos los medios de conciliacion antes de romper con aquel general, necesario á pesar de sus derrotas, y cuyas victorias le habian hecho popular.»